



Fueron los trece segundos más largos de mi vida. Me golpearon y me patearon en las piernas, el estómago, la espalda y la cabeza por cada uno de esos trece segundos. Yo nada más me cubrí la cara y acepté el castigo. Fueron trece segundos muy largos, pero fue un precio mínimo que yo pagué para obtener mi iniciación en mi nueva vida y familia.

Ocho años antes, yo había nacido en Los Ángeles. Originalmente mi familia era de El Salvador, pero yo nací acá. En los años ochenta había una guerra civil muy violenta en el país. Por eso, mis padres vinieron a los Estados Unidos en busca de seguridad para la familia que querían crear y ampliar. Ellos solamente tenían dieciocho años. Eventualmente ellos establecieron su vida en un vecindario salvadoreño en Los Ángeles.

Como muchos otros salvadoreños durante la guerra, mis padres salieron de El Salvador por la violencia, pero parece que la violencia los siguió hasta California. Al llegar a L.A. mis padres experimentaron mucho maltrato y brutalidad de mano de unas pandillas locales que controlaban las calles. Había varias pandillas distintas operando en L.A., pero una en particular: La Pandilla de la Calle 18. Esta, consideraba a los inmigrantes salvadoreños como una amenaza a su territorio. Los de la Calle 18 eran un grupo de muchachos mexicanos que querían controlar las calles de Los Ángeles.

Al pasar el tiempo, mi papá y sus amigos salvadoreños se juntaron para protegerse cuando salían a la calle. Finalmente, por necesidad, ellos formaron

su propia pandilla salvadoreña. La pandilla tomó el nombre de La Mara Salvatrucha 13. Al principio, la pandilla solamente existía para la protección de sus miembros, pero eso solo duró unos años.